

Michael H. Kater



LAS
JUVENTUDES
HITLERIANAS

«Un excelente estudio sobre el intento nazi de adoctrinar a los jóvenes alemanes y una reflexión fundamental sobre los problemas de reconvertir a toda una generación a los valores de la democracia».

Eric Hobsbawm

Un análisis único y detallado sobre el significado y las consecuencias del adoctrinamiento de los jóvenes en la Alemania nazi y una dura advertencia sobre los peligros de la manipulación de los menores en ausencia de escrúpulos. Esta es la pieza que faltaba para la comprensión global del Tercer Reich.

El régimen nazi encuadró en las Juventudes Hitlerianas a los jóvenes entre diez y dieciocho años, convirtiéndola en la mayor organización juvenil de la historia y en una enorme maquinaria de manipulación.

El atractivo de las Juventudes Hitlerianas consistía en transformar las acampadas en entrenamientos paramilitares, las pistolas de aire en armas de fuego, las canciones infantiles en marchas militares, la educación en adoctrinamiento y, en definitiva, a los niños en nazis fanáticos.

Para mi hija Anja

Prólogo a la edición española

En 1962, siendo yo un estudiante canadiense de doctorado adscrito a la Universidad de Heidelberg, me dirigí a Coblenza para realizar un proyecto de investigación en el Archivo Federal de Alemania. Me encontraba examinando una serie de documentos de Heinrich Himmler y las SS relacionados con sus intentos por establecer la sociedad de estudios conocida como Ahnenerbe. Durante la guerra, la sociedad se encargaría de llevar a cabo una serie de excavaciones arqueológicas con el fin de «probar» la presencia de godos germánicos en la Crimea rusa (y así contribuir a justificar la invasión nazi de la Unión Soviética), desposeer a los archivos y bibliotecas de los países conquistados de cualquier material en lengua alemana y realizar experimentos médicos letales sobre seres humanos en campos de concentración. Escasas semanas después de mi llegada, me llamaron al despacho del director adjunto, donde se me informó de que ya no tenía autorización para utilizar el archivo, porque el día antes había colocado un documento boca abajo en su carpeta antes de devolverlo y abandonar el edificio de camino a la habitación que tenía alquilada. Me dijeron que aquello era una prueba evidente de mi incapacidad para manejar documentos y que, por tanto, no podría volver a pisar jamás el archivo de Coblenza. El hombre que me comunicó a gritos esta decisión era el doctor Wolfgang A. Mommsen, nieto del célebre Theodor y el cual fue nombrado presidente del Archivo Federal en 1967. El hombre que me llevó al despacho de Mommsen fue el doctor Hans Booms, el jefe de sección, quien

ya el primer día de mi visita me advirtió de que bajo ningún concepto podía vender la información que obtuviese de las fuentes del archivo a la revista *Der Spiegel*. ¡Como si yo no tuviese otras cosas en las que pensar por aquel entonces! Booms sucedería en la presidencia a Mommsen cuando este se jubiló en 1972. Yo hice caso omiso de sus amenazas y cuando, años después, coincidí repetidas veces con Booms en el ascensor del Archivo Federal, donde me hallaba realizando una investigación como profesor canadiense invitado, él se limitó a desviar la mirada.

Pero ¿qué fue lo que desencadenó la violenta reacción de Mommsen ante un error tan insignificante? Cuando le pregunté sobre el asunto a mi director de tesis de la Universidad de Heidelberg, el profesor Werner Conze, no supe qué responder. Afortunadamente, sin embargo, todos los documentos relativos a la Ahnenerbe habían sido fotografiados por el Gobierno Militar de Estados Unidos (OM-GUS) y se encontraban disponibles en microfilm en el Archivo Nacional de Estados Unidos, en Washington D. C. Con un coste considerable para mi bolsillo, viajé hasta allí a fin de poder completar la investigación para mi disertación en Heidelberg en 1966, la cual amplíé y publiqué en forma de libro en 1974. Durante mis pesquisas en Washington descubrí que Mommsen había sido uno de los saqueadores de material de archivo al servicio de la Ahnenerbe de las SS en la Estonia ocupada por Alemania tras el pacto germano-soviético de agosto de 1939, y que había trabajado para el Ministerio del Este bajo el mandato del ideólogo del Partido Nazi, Alfred Rosenberg, antes de desaparecer silenciosamente en las altas esferas de la burocracia alemana después de 1945. Es evidente que tenía miedo de que yo le desenmascarase. En cuanto al profesor Conze, que se lavó las manos en todo el asunto, todavía no he averiguado a día de hoy cuál pudo ser el papel que jugó en lo que acabó siendo un desastre personal para uno de sus estudiantes de doctorado. Fue él quien, con

anterioridad, me había autorizado expresamente a que intentara escribir una disertación sobre las SS —la mía sería la segunda tesis que dirigiría en el campo del Tercer Reich y el nacionalsocialismo—. Por aquel entonces corría entre sus estudiantes el rumor de que, en ese periodo, Conze había formado parte de las tropas de asalto y prestado, de paso, algún que otro servicio a varios nazis influyentes, y que posteriormente fue herido en el Frente Oriental cuando era capitán de la Wehrmacht. Se decía también que con anterioridad había sido miembro del movimiento de las juventudes alemanas durante la República de Weimar. Solo a finales de la década de 1990 se supo que en las décadas de 1930 y 1940 había sido autor de memorandos sobre la repoblación alemana de una futura Europa del Este conquistada, lo cual requeriría el traslado de polacos y judíos, especialmente en Vilna, Lituania. Pero, a comienzos de la década de 1960, se cuidó mucho de labrarse una reputación como profesor universitario consagrado a la democracia. Así, para cuando se convirtió en mi profesor, ya se le consideraba uno de los más eminentes historiadores alemanes y fundador de la Nueva Historia Social Alemana. Quizá fuera este el motivo por el que permitió que un joven canadiense estudiase con él; a diferencia del doctor Mommsen, él no había tenido nada que ver con la Ahnenerbe de las SS y, por tanto, no había demasiado riesgo de que sus otras actividades a favor del régimen quedasen al descubierto. Es cierto que con el tiempo promovió la elaboración de más tesis sobre el Tercer Reich, pero al echar la vista atrás me resulta muy significativo que en sus seminarios, por no hablar de sus clases, rehuyese cualquier tema relacionado con los nazis. Una excepción digna de mención fue un seminario sobre el reciente *best seller* de William L. Shirer *The Rise and Fall of the Third Reich*, donde llamó con éxito a la censura de los hechos expuestos por el autor y a lo que él consideraba una sucesión de errores de interpretación. Sus temas predilectos,

no hay duda, eran la política conservadora aplicada por el canciller Heinrich Brüning entre 1930 y 1932 en el seno de la República de Weimar y el pensamiento de uno de los enterradores de dicha república, el profesor Carl Schmitt, temas que sus alumnos tuvimos que estudiar de manera asidua y, para más inri, aceptar con aprobación.

Después de la guerra, jóvenes intelectuales como Wolfgang A. Mommsen (nacido en 1907) y Werner Conze (nacido en 1910) fueron integrados sin complicaciones en la sociedad y la clase política de las zonas de la Alemania ocupada administradas por los aliados occidentales primero, y por la nueva democracia liderada por Konrad Adenauer después, a partir de 1949, debido a la escasez de talentos bien formados que tanta falta hacían durante las primeras décadas de la posguerra. Ello supuso que se hiciese la vista gorda o se ocultara deliberadamente con un manto de silencio la antigua afiliación nazi de dichos expertos, aun cuando se tuviera noticia de ella en las altas esferas. Casualmente, esto beneficiaría a uno de los oficiales nazis a los que Conze reportaba en su día, el doctor Theodor Oberländer, quien, mucho antes de pasar a formar parte del gabinete del canciller Konrad Adenauer, participó en el Putsch de Hitler en Múnich en noviembre de 1923. En la actualidad, *Wikipedia* describe a Oberländer con estas palabras: «Theodor Oberländer (1 de mayo de 1905-4 de mayo de 1998) fue científico de la Ostforschung, oficial nazi y político alemán. Antes de la Segunda Guerra Mundial urdió planes contra las poblaciones judía y polaca de aquellos territorios que había de conquistar la Alemania nazi. Durante la guerra apoyó la política de limpieza étnica de los nazis y, tras la invasión de la Unión Soviética, ejerció como oficial de contacto con los colaboradores nazis del Frente Oriental. En 1953 fue nombrado ministro de Desplazados, Refugiados y Víctimas de la Guerra del Gobierno de la República Federal en Bonn». Resulta evidente, por tanto, que tanto políticos como historiado-

res participaron en ese proceso de silenciamiento y que, tal y como criticaron los psiquiatras Alexander y Margarete Mitscherlich, parecían haber perdido la capacidad de recordar y empatizar con –y aun más lamentar– el destino de las víctimas del pasado reciente. Si se hablaba de víctimas, estas eran en cualquier caso víctimas alemanas: bajo la supervisión del ministro federal Oberländer, Conze abordó junto con otros historiadores alemanes un proyecto a largo plazo cuyo objetivo era documentar el destino de aquellos civiles alemanes que, después de 1945, habían sido expulsados de sus respectivas patrias en Europa del Este por los eslavos vencedores.

La instauración artificial de una «hora cero» política justo después de la capitulación del régimen nazi tuvo graves implicaciones para la historiografía. Significó una ruptura forzosa y antinatural de la renovación de la política democrática con el pasado inmediato, en la que cualquier transición posible posterior a 1945 fue omitida de la historia. Desde comienzos de la década de 1950 hasta finales de los años sesenta, la era del nacionalsocialismo fue abordada como una anomalía claramente diferenciada de la República Federal e, implícitamente, de la República de Weimar, que se prolongó hasta el ascenso de Hitler al poder en enero de 1933 y con cuyo espíritu afirmaba querer conectar la nueva democracia de Bonn. En consecuencia, las primeras obras de historiografía que los estudiosos alemanes dedicaron a partir de 1945 al Tercer Reich no arrancaban antes de la década de 1950, y cuando sí se retrotraían más en el tiempo, trataban el Tercer Reich como una suerte de aberración criminal que se desviaba del curso ordinario de la historia alemana. Un accidente monstruoso conjurado por políticos monstruosos, así fue examinado y meticulosamente explicado el Reich de Hitler por historiadores experimentados como Gerhard Ritter, Siegfried August Kaehler y Ludwig Dehio, y también por otros más jóvenes como Joachim C. Fest. Los primeros lo considera-

rían una catástrofe fuera de lo común, mientras que Fest describiría en 1964 a los principales líderes nazis como prototipos raros, pero únicos, propios del totalitarismo.

La aplicación de un punto de vista tan miope en una etapa relativamente temprana de la República Federal impidió la detección de precursores fascistas o protofascistas anteriores a enero de 1933 e incluso al nacimiento de la República de Weimar en 1918. Y lo que es más, cerró los ojos de estos historiadores al problema de la continuidad fascista más allá de 1945. Esto sucedió no solo en el ámbito de la historiografía alemana en general, sino en determinadas áreas de desarrollo social, político y cultural. Un caso en particular es el de las Juventudes Hitlerianas (en alemán Hitler-Jugend, abreviado HJ), que debían obediencia a Adolf Hitler y fueron creadas en 1926, varios años antes de la instauración del régimen nazi. En 1955, el primer biógrafo de autoridad de las HJ, Arno Klönne, compuso una breve pero útil historia sobre su organización, principalmente, tal y como esta funcionaba en el momento álgido del Tercer Reich. Esta breve obra apenas hacía referencia a los antecedentes de las HJ antes de 1933 y no redundaba en explicaciones ideológicas, sociales y psicológicas, que bien podrían haberse remontado a la era Guillermina. Otras obras de la década de 1960 hicieron hincapié en el funcionamiento interno de las Juventudes como un fenómeno inconfundible del nacionalsocialismo y, condenándolo como tal, prestaban poca o ninguna atención a las condiciones previas al nazismo, sin ofrecer en particular una comparación entre las HJ antes de 1933 y cualquiera de las numerosas agrupaciones juveniles burguesas existentes durante la época de la república. Las conexiones entre esas agrupaciones y los primeros nazis se obviaron implícita o explícitamente. La definición de las HJ como algo alemán pero malvado y aparte sería subrayada hasta 1974 por una gruesa edición de documentos que detallaban las actividades de las principales agru-

paciones juveniles republicanas, desde la izquierda a la derecha políticas, aunque sin referencias temáticas al nacionalsocialismo y sus organizaciones. A lo largo de los años se siguieron publicando obras sobre la historia de las Juventudes Hitlerianas o sus subgrupos sin tener en cuenta un contexto histórico más amplio, entre ellas, en 2001, un tratado sobre la BDM (Bund Deutscher Mädel o Liga de Muchachas Alemanas) y, en 1975, distorsionando gravemente los hechos, una versión romántica sobre las HJ que publicó un autor alemán declaradamente conservador que imparte clases de historia moderna de Alemania en una conocidísima universidad británica.

Si la elaboración por parte de los historiadores alemanes de obras de mayor amplitud ya era lenta después de 1945 por las razones anteriormente mencionadas, hubo dos factores adicionales que ralentizaron aún más la elaboración de un estudio más profundo de las Juventudes Hitlerianas durante las dos primeras décadas o más de la posguerra. Uno de ellos estaba directamente relacionado con la edad de los antiguos chicos y chicas de Hitler, que cumplieron los treinta o más coincidiendo con el célebre milagro económico iniciado en 1952. En muchos casos fueron instrumentales para ese milagro, que siguió creciendo durante décadas, en tanto sus principales instigadores como jóvenes emprendedores, profesores y trabajadores cualificados. Desde el punto de vista psicológico, su pasado como miembros de las HJ quedaba demasiado próximo como para querer pensar en él. Lo mismo ocurriría con los historiadores más jóvenes, quienes, técnicamente, podrían haber estado en situación de escribir libros sobre aquellos años. Así, les resultó mucho más conveniente, y más productivo desde el punto de vista material, excluir aquellas experiencias de sus biografías; además, la mayoría de ellos se habían visto forzados a entrar en las filas de las HJ después de que el ingreso se tornase obligatorio en 1939, y por tanto pudieron negar cualquier

responsabilidad sobre su antiguo estatus. Este es un argumento del que pudieron valerse también –como muchos lo hicieron después– para justificar periodos subsiguientes en las filas de la Wehrmacht e incluso de las Waffen-SS, donde el servicio en los últimos años de la guerra, como demuestra este libro, era muy difícil de eludir, y también los años dignos de olvidarse en los campos de prisioneros de guerra. En contraposición a ellos, hombres (y no pocas mujeres) de más edad, como Werner Conze y Wolfgang A. Mommsen, pertenecían a una generación anterior que, por ser demasiado mayor para unirse a las Juventudes Hitlerianas, tomó conscientemente la decisión de unirse al Partido Nazi y sus diversas afiliaciones, en las que el ingreso era voluntario, y así jugar el papel que desempeñaron en el Tercer Reich, régimen este con el que, como ya mencionaba antes, no deseaban ser identificados bajo ningún concepto.

El segundo factor tiene que ver con la naturaleza de los documentos originales, en tanto fuente para la elaboración y publicación de una historia de las HJ. El encargado de aglutinar la correspondencia y los memorandos oficiales redactados por el personal de las Juventudes Hitlerianas era el Reichsjugendführung, máximo organismo responsable de las HJ, el cual tuvo su primera sede como organización perteneciente al Partido Nazi en Múnich y, a partir de 1934 y ya como una oficina cuasi ministerial, en Berlín. Durante los quince o veinte años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial resultó imposible que los investigadores pudieran dar con un archivo completo de documentos oficiales de la sede en Berlín, dado que la capital había sido devastada por los bombardeos y se daba por supuesto que todo el material en forma de papel se había perdido. Pero, dado el carácter de sus operaciones, la organización de las HJ había sido descentralizada durante el Tercer Reich, y como quiera que muchos líderes regionales y locales habían mantenido ofi-

cinas fuera de Berlín, todavía existía documentación archivada por todo el territorio. Después de 1945, el problema estribó en hallar el modo de reunir toda esa documentación dispersa por el país y que fuese de utilidad para los juicios llevados a cabo por los Aliados durante la posguerra y también como fuente de información para una historiografía objetiva. Pasaron muchos años antes de que estas fuentes dispersas por toda la geografía alemana pudieran ser centralizadas tanto en archivos municipales y regionales como en el Archivo Federal de Coblenza, los cuales estaban acumulando gradualmente documentos de diversa proveniencia relacionados con el Tercer Reich, entre ellos, los archivos del Ministerio de Propaganda de Joseph Goebbels, que también había sido bombardeado. No obstante, la composición de una historia completa de las Juventudes Hitlerianas no dejó de ser una tarea harto complicada durante décadas, puesto que el investigador debía visitar un extraordinario número de archivos, cosa que como bien puedo atestiguar resultaba extremadamente cara y costosa.

Es más, no es en modo alguno descabellado dar por hecho que otra de las razones por las que se empezó tan tarde a investigar a fondo las Juventudes Hitlerianas fue que las sucesivas generaciones de las HJ, profundamente adoctrinadas por la ideología nazi, incluso en tanto criptonazis después de 1945, se cuidaron mucho de no abordar en modo alguno un tema tan sensible. Y es que, a pesar de haberse visto hondamente marcados por el dogma nazi, aquello era ya agua pasada, sobre todo teniendo en cuenta que los beneficios de la nueva democracia –los frutos inmediatos del milagro económico y una mayor movilidad horizontal, geográfica y transnacional– estaban adquiriendo un inmenso atractivo. ¿Por qué pensar en los viejos tiempos, por mucho que uno hubiese sido un joven nazi convencido, ante un futuro tan prometedor? Las nuevas libertades de las antiguas generaciones de las HJ re-

sultaban aún más valiosas al compararlas con las de los jóvenes de la República Democrática Alemana, al otro lado del nuevo Telón de Acero, donde la FDJ comunista (Freie Deutsche Jugend o Juventud Libre Alemana) se convirtió en un doloroso recuerdo de la inmersión totalitaria que ellos mismos habían experimentado. Si definimos el Tercer Reich como un estado totalitario, entonces, desde mi punto de vista, puedo afirmar que a la juventud alemana se la imbuyó de una visión totalitarista del mundo. Esto significa que los jóvenes debían subordinar por completo su personalidad a las prerrogativas de dicho Estado, el cual exigía el control absoluto sobre la existencia de cada individuo, con el sacrificio de sus vidas como fin último. En 1938, Adolf Hitler lo articularía programáticamente con un drástico mensaje dirigido a todos los chicos alemanes (las chicas alemanas le importaban menos), y con el que además apuntaba a erradicar las diferencias de clase: «Estos jóvenes no tienen otra elección que aprender a pensar como alemanes, a actuar como alemanes, y después de ingresar en nuestra organización cumplidos los diez años y recibir por primera vez en su vida una bocanada de aire fresco, se unen a las Juventudes Hitlerianas, y aquí les mantenemos cuatro años más. Y entonces nos cuidamos mucho de no devolverles a su ámbito social anterior, sino que los colocamos de inmediato en el Partido, el frente alemán del trabajo, las tropas de asalto, o las SS, el cuerpo de transporte motorizado nazi, etcétera... y, si hubiera cualquier resto de orgullo de condición social, entonces la Wehrmacht se encargará de eliminarlo durante otros dos años y, a su regreso, a fin de que no puedan volver a recaer en los viejos hábitos, les metemos de nuevo en las tropas de asalto, las SS, etcétera, y *no volverán a ser libres el resto de su vida*».

Si los paralelismos entre las Juventudes Hitlerianas nazis y la organización central de juventudes comunistas de la Alemania del Este resultan obvias, en tanto ambas esta-

ban sustentadas por regímenes totalitarios, bien puede establecerse una comparación similar entre las HJ y la Unión Comunista de la Juventud, la Komsomol soviética, cuyos miembros eran adoctrinados igualmente por sus mayores de mente totalitaria. Estas comparaciones invitan a plantearse una yuxtaposición entre la Alemania nazi y otros regímenes fascistas o dictatoriales. Mientras que la Italia fascista bajo Benito Mussolini organizó a sus jóvenes, de forma similar a la de Hitler, en la Balilla, los Avanguardisti y los Giovani Fascisti, los casos de la España de Francisco Franco y las dictaduras latinoamericanas suscitan ciertas dudas. La diferencia reside en esencia en el grado de totalitarismo del dogma: cuanto más amplio y potente fuera el dogma, mayor era el grado de lealtad de los jóvenes al culto del líder y a los mitos del liderazgo. Para la perduración del estado totalitario, el dogma tenía que ser lo bastante fuerte como para ligar a los seguidores al líder de forma exclusiva, incuestionable e indisoluble, a la vez que las expectativas para el propio Estado debían ser milenarias. Este no fue el caso de Italia, cuya *weltanschauung* –visión del mundo– nacionalista, basada en los preceptos de la antigua Roma y en vagas ideas de lucha y conquista imperial, era más débil que la de la Alemania nazi, aun cuando el culto al líder fuese fuerte, y menos lo fue aún que la de la España de Franco, donde después de 1936 prevaleció una incómoda alianza entre el Caudillo y su cuerpo de oficiales, la Falange y la Iglesia católica. Más allá de las ansias de poder del líder no existía una *weltanschauung* oficial que englobase la totalidad del régimen, y Franco nunca ejerció sobre sus súbditos el magnetismo de Hitler en la Alemania nazi, ni siquiera el de Mussolini en la Italia fascista. Por ello, los historiadores se resisten a definir la España franquista –ni siquiera en los tiempos en que fue coetánea al Tercer Reich– como un régimen totalitario, y la etiquetan más bien como una dictadura autoritaria. Y aunque bajo esa dictadura existió un movimiento juvenil ads-

crito al régimen, el Frente de Juventudes, este no fue institucionalizado hasta finales de 1940 y se concentraba más en los deportes y los campamentos que en el adoctrinamiento ideológico. Es más, nunca llegó a ser una organización nacional propiamente dicha. Así pues, sus miembros no estaban ni mucho menos tan ligados al líder y tan jerárquicamente organizados como las Juventudes Hitlerianas y, lo que es más importante, no podían servir como bases en fase de entrenamiento a partir de las cuales obtener los líderes que asegurasen la perduración de un régimen sin aspiraciones milenarias. En lo que a los regímenes autoritarios latinoamericanos se refiere, ni siquiera las más organizadas dictaduras sucesivas de Juan Domingo Perón en Argentina tenían capacidad de sustentar movimientos juveniles adscritos al régimen de ninguna clase, ni siquiera a pequeña escala como en la España franquista. En comparación con todos estos últimos regímenes, el totalitario Reich nazi destaca de manera fulgurante con unas Juventudes Hitlerianas que lograron alistar a millones de jóvenes.

En 1971, mientras realizaba un trabajo de investigación sobre los estudiantes universitarios de derechas en la República de Weimar que acabaron uniéndose al movimiento nazi, topé con la Liga de los Artamanes. Al mismo tiempo, descubrí que, mientras que casi todas las asociaciones y fraternidades de estudiantes universitarios burgueses de la década de 1920 simpatizaban con el nazismo incipiente, en ocasiones de manera clandestina, los artamanes eran con diferencia los más radicales de entre varios grupos de jóvenes que se declaraban abiertamente a favor de la causa nazi. En este sentido, se trataba de un grupo único, de hecho, se consideraban claramente miembros de una elite *völkisch*, sobre todo desde el punto de vista racial. La liga se inspiró en uno de los primeros eslóganes nazis, «sangre y tierra», popularizado por el agrónomo de